

# UN SUEÑO ENGAÑOSO

---

Enrique Murillo

ARTICLE PUBLICAT A EL MUNDO EL 2 DE DISEMBRE DE 2005

En el maltrecho volumen de *Obras Completas* de William Shakespeare que le presté a Jordi Mesalles encuentro subrayada por él la frase «Como de un sueño engañoso», que pertenece a *La doma de la bravía* en traducción de Astrana Marín. No es, por supuesto, la única huella del paso de Mesalles por este volumen, ni ésta la única frase resaltada. Al libro le falta completo el lomo de su encuadernación en piel. Pero Mesalles, que después de retenerlo unos cuantos años atendió a mi súplica y terminó devolviéndomelo, compensó esa carencia superficial con un enriquecimiento de sus páginas de papel biblia, en donde se conservan, hechas a lápiz y a rotulador, multitud de marcas dispersas.

Así ha pasado por la vida Jordi Mesalles, causando algunos destrozos, en efecto, pero también dejando en nuestra memoria señales imborrables, recuerdos que nos acompañarán hasta que, nosotros también, abandonemos este «sueño engañoso» que, por otro lado, tantos placeres trae consigo mientras dura.

De Mesalles habrá que recordar siempre el combate frontal que libró contra el provincianismo cultural catalán, contra el subvencionismo convergente y postconvergente. Fue desmesurado en todo: en su rechazo del naturalismo en la dramaturgia y la interpretación, en su pasión por las vanguardias, por el teatro de la palabra, por el teatro de director y de escritor. Todo el que se haya acercado a él sabe que, paradójicamente, el gigantismo físico, la estruendosidad de sus carcajadas, ocultaban una timidez extraordinaria, que disimulaba frotándose las manos en un tic nervioso que acompañaba con otra clase de risa, más bien sonrisilla conejil. Como todos nosotros, Jordi Mesalles tenía una complejidad personal más que notable. A diferencia de muchos, sin embargo, Mesalles logró en ocasiones encontrar lo mejor de sí mismo y construir con ello algo que nos servía a los demás.

Nos conocimos a raíz de un breve viaje suyo a Londres, allá por 1974. Quería volver a encontrarse con mi mujer, Fe Blasco, que había sido su novia un año antes. Más tarde, en Barcelona, seguimos viéndole durante unos cuantos años. Fuimos juntos a Perpiñán a ver cine aún prohibido por la censura, nos intercambiamos libros, conocimientos; discutimos, de cine más que de teatro, materia esta última en la que yo me declaré profano desde el primer día. Porque él era un teatrero, palabra que conocí gracias a él, un teatrero de la cabeza a los pies. Hubiese podido ser actor, y arrasar. Sabía dar vida a cualquier texto que pusiera en un escenario, aunque a veces se empeñaba en montar algún bodrio, llevado por su afán vanguardista.

En el universo del teatro catalán ocupó el lugar que él mismo se fue fabricando poco a

poco, de acuerdo con unos esquemas voluntariamente heterodoxos. Él fue el rebelde sin causa; el maldito; la negatividad. Se lo hicieron pagar, pero él hizo todo lo posible por provocar las expulsiones periódicas que fue padeciendo.

La figura de Jordi Mesalles olía a problemas y escándalo, primero en los círculos oficiales, y luego en los diversos terrenos que pisaba, fueran cuales fuesen. Su única obra teatral, *Els Beatles contra els Rolling Stones*, no remontaba el vuelo del costumbrismo. Sin embargo, le valió fama de revolucionario. Cultura, dirigida a la sazón por Max Cahner, trató de «suavizar» el lenguaje empleado. Como es costumbre, los censores hicieron aportaciones geniales, como eso de tratar de forzarle a sustituir la palabra *pixar* por *canviar l'aigua de les olives*.

Parecía imposible que aquel niño de casa pobre barcelonesa, alimentado a base de bocadillos de muchísimo pan y poquísimo chorizo, hubiese alcanzado casi el metro noventa de estatura, casi los cien kilos de peso. Nunca encontraba calzado ni ropa a medida, y estaba acostumbrado a dormir con los tobillos y los pies colgando fuera de la cama desde que en la adolescencia pegó el estirón. También estaba acostumbrado a que la gente le esperase interminablemente en las citas, en las que, con una hora de retraso como promedio, aparecía siempre cargado con bolsas llenas de libros, revistas y cuadernos de trabajo.

Como director de escena acertó a menudo: Thomas Bernhard, Ingmar Bergman, Yukio Mishima, David Mamet, Milan Kundera, Arthur Schnitzler, etc., fueron representados aquí por vez primera gracias a su iniciativa. Su montaje de *La senyora de Sade* para el Teatre Lliure era magnífico.

Algunas de sus dramaturgias fueron brillantes. Yo, que vi en Londres *El sueño de una noche de verano* en montaje de Peter Brook, puedo asegurar que la versión de Mesalles en catalán, con Silvia Munt en el papel de Puck, rayaba a esa altura. Mesalles se apropiaba de Shakespeare de una forma singular. No sólo de mi grueso volumen de las completas. Sobre todo porque entendía hasta el tuétano el humor de la comedia de equivocaciones que es el amor en la barroca visión de Shakespeare.

A Mesalles le vi el mejor Becket teatral que jamás haya presenciado. Un *Esperant a Godot* pasado por el filtro del *slapstick* y la comicidad de Buster Keaton. Aquel montaje era tan bueno que no sólo se disfrutaba por sí mismo, sino como relectura de toda la obra de Becket, y como revisión de la filmografía de Keaton. Mesalles, que era el hombre de las carcajadas más sonoras de la escena catalana, nos convertía a todos en reidores extraordinarios. En lugar de profundizar en la religiosidad irlandesa del texto, Mesalles buscaba la comicidad y, de paso, la universalidad laica e irreverente que está también en la esencia de Beckett.

Nunca más volveremos a reír tan a gusto como lo hicimos los pocos espectadores de aquel montaje. Él descansará, ahora, en paz. Nosotros nos fajaremos con lo que venga. Con la que está cayendo, más de uno le envidiará.